

## SUMARIO

Napoleón jefe de ejército: Marengo, (continuación) por el conde de Yorck Wartenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 209.—Vörth: Crítica de Narraciones francesas y alemanas por el capitán Immanuel, del ejército alemán, traducido por el marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.; pág. 213.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 217.—Sección bibliográfica: El teniente general don Pedro de Lucuce; opúsculo por el general de división don Julián Suárez Inclán, de la real Academia de la Historia; pág. 224.—Advertencia.

Pliegos 107 y 108 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Cubierta.

---

### NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

(Continuación)

#### MARENGO

Del lado de los austriacos, Ott, á quien el combate de Montebello había costado 4.000 hombres, se hallaba en Castelnuovo; Mélas estaba todavía á una ó dos jornadas de distancia de Alejandria.

Esta situación no puede menos de extrañarnos muchísimo. No podemos dejar de reconocer que Napoleón ha infringido aquí uno de los grandes principios, que rara vez se quebranta impunemente. En el momento en que todo parece deber contribuir en breve plazo á una batalla decisiva, no solamente no hace lo posible para concentrar todas sus fuerzas en previsión de esta eventualidad, sino que también emplea fracciones de importancia en operaciones accesorias. Si echamos la cuenta, vemos que él tiene consigo á Lannes, Victor, Monnier, Boudet, Murat y Loison, con un total de 34.000 hombres; mientras que no están disponibles, por no hallarse presentes, ni Moncey, ni Turreau, ni Chabran, ó sea 23.000 hombres. En presencia de estas cifras, no podemos menos de adherirnos á la opinión de Jomini, cuando dice: «Sin embargo, por un capricho bastante extraño, la campaña de Marengo, que tuvo tan brillantes resultados, fué en la que más se separó de los principios del arte de la guerra, por lo menos, en las disposiciones para la ejecución.» (Historia crítica y militar de las guerras de la Revolución, tomo 13, página 192.) Las faltas garrafales cometidas por Mélas, en el curso de la campaña, no le permitían ya dirigir sus fuerzas concentradas contra los 34.000 hombres de Napoleón, y demostrar á éste los peligros y hasta los graves

defectos de sus procedimientos, causándole una derrota. Pero ¿en virtud de qué aberración Napoleón no permaneció fiel á sí mismo y á su gran principio de conducir á la batalla todas sus fuerzas reunidas? Probablemente fué por la misma razón que hizo cometer á Federico una falta análoga en Kolin: su confianza en sí mismo provenía de la presunción á consecuencia de sus repetidos triunfos y había llegado á despreciar al adversario. El general, aunque vencedor, supo reconocer su falta militar y ya no recayó en ella, como sucedió á Federico, que había pagado con una derrota su excesiva temeridad. La diferencia radical del resultado de ambas batallas parece, sin embargo, haber ejercido una verdadera influencia en la suerte de Napoleón. ¿Quién puede, en efecto, afirmar que Federico no hubiese sido arrollado en el mismo camino de sus colosales empresas, si hubiese tenido buen éxito en la tentativa aventurada de Kolin? Por otra parte, si Napoleón hubiera sido derrotado en Marengo, no se habría conducido con más moderación para conseguir el éxito en lo sucesivo? A partir de la derrota de Kolin, Federico se contuvo en su ambición y puso límites á sus aspiraciones. Si el peso de su derrota de Kolin no le permitió tal vez elevar más alto su gloria; la duración, la prosperidad de su reinado se debieron, á mi juicio, más bien á esta derrota que á las victorias más brillantes de Federico. Napoleón llegó al pináculo de la gloria militar; pero en la victoria de Marengo deberá buscarse tal vez el origen de las derrotas que hicieron perder á Napoleón el imperio del mundo.

El 10, Ott se retiró detrás del Scrivia, y los primeros escalones de Mélas llegaron á Alejandría. Las tropas de Napoleón permanecieron, en general, en sus puestos; Murat y Boudet se aproximaron, sin embargo, un poco; por el contrario Loison siguió en Cremona y en Plasencia con sus 6.000 hombres que, de hecho, tampoco habían de tomar parte en la batalla de Marengo. El 11, por la mañana, Desaix, regresado de Egipto por orden de Napoleón, llegó al cuartel general de Stradella; Napoleón le encomendó inmediatamente el mando de las divisiones Boudet y Monnier. El mismo día, los franceses terminaron su concentración entre Casteggio y Voghera. El 12, por la mañana, Napoleón continuó dirigiéndose hacia el Oeste. Por la noche, sus diferentes tropas estaban repartidas del modo siguiente: Lannes en Castelnuovo; Desaix en Ponteurone; Murat había sido enviado hacia Tortona; Victor, que formaba el ala izquierda había también avanzado hacia este punto. Ahora bien, por su parte, Mélas había reunido, el 12, su ejército, en Alejandría. Al obscurecer, Ott se retiró igualmente detrás del Bormida, no dejando en Marengo más que una retaguardia.

El 13, por la mañana, Napoleón pasó el Scrivia precedido de Victor, que formaba la vanguardia, por la carretera de Alejandría. Contra lo que esperaba, no encontró á los austriacos en la llanura descubierta.

entre el Scrivia y el Bormida, donde su mejor arma, la caballería, hubiera hallado un terreno favorable á su acción, como Kellermann debía probarlo al día siguiente. Hacía algunos días que Napoleón no dejaba de considerar el caso en que Mélas quisiera tal vez evitar una batalla, evadiéndose, ya sobre Génova, ya sobre la orilla izquierda del Pó, y le pareció que iba á ocurrir alguna de estas eventualidades. Destacó, pues, inmediatamente á Desaix, con la división Boudet, por la carretera de Novi, para cerrar á los austriacos el camino de Génova, mientras que por la orilla izquierda del Pó, Lapoype y Chabran, que se hallaban entre Chivasso y Verceil, debían, sin perder tiempo, detener á Mélas. Al destacar á Desaix, Napoleón acentuó más todavía la división temeraria de sus fuerzas. El mismo ejército estaba asombrado, hasta el punto de que se decía que Napoleón, contra su costumbre, «se ocupaba en copar al enemigo, apoderándose de todas sus comunicaciones, antes de haberle derrotado. Hubiera sido más prudente asegurarse los medios de vencerlo, antes de hacerlo prisionero.» (Marmont, Memorias, tomo 2.º, página 126).

La vanguardia, á las órdenes de Victor, tuvo un encuentro en Marengo á las 5 de la tarde, con la retaguardia que allí habían dejado los austriacos, y la rechazó, después de una corta resistencia, sobre la cabeza del puente del Bormida. Esta circunstancia contribuyó á confirmar aún más á Napoleón en la idea preconcebida de que el adversario se retiraba. Mandó, pues, que durante la noche se situasen sus tropas en los puntos á que habían llegado, sin tratar de concentrarlas más adelante. Victor se hallaba en Marengo; Lannes y Murat en San Giuliano; Desaix en Rivalta; Monnier en Torre di Garofoli, en donde el mismo Napoleón pasó la noche. Un informe erróneo le había hecho creer que los austriacos no tenían puente alguno sobre el Bormida. Mélas, entre tanto, se había, sin embargo, decidido á atacar al ejército francés, á fin de volver á abrir, por medio de una batalla, su línea de comunicaciones.

El 14 de Junio, al amanecer, los austriacos empezaron á pasar el Bormida. Su vanguardia atacó al cuerpo de Victor, desalojó á Gardanne de Pietrabuona y lo rechazó sobre Marengo. Napoleón que, como hemos visto, no esperaba este ataque, envió entonces á toda prisa á Desaix la orden de reunir el ejército en San Giuliano. Cubiertos por su vanguardia victoriosa, los austriacos se desplegaron delante del Bormida. Por la parte de los franceses, Victor recibió la orden de sostenerse en Marengo á todo trance, porque no estando el ejército suficientemente reconcentrado, para una batalla, lo esencial era ganar tiempo. Lannes debía desplegarse á la derecha de Victor, y Murat situar una brigada de caballería detrás de cada una de las alas de la línea de batalla; la tercera se situó en Sale para cubrir eventualmente la posición francesa contra un movimiento envolvente por el valle del Tanaro.

Los primeros ataques de los austriacos contra Marengo fracasaron, y

Lannes tuvo de este modo tiempo para entrar en línea, como se le había ordenado. A su izquierda, Gardanne defendía á Marengo, mientras que Chambarlhac cerraba el intervalo entre dicho pueblo y el Bormida, tomando posiciones en la granja de Stortigliona. Durante este tiempo Ott, á la cabeza de una fuerte columna, llegó sin obstáculo á Castel-Ceriolo; no habiendo encontrado á nadie que le hiciese frente, hizo un cambio á la derecha y marchó contra el flanco derecho de Lannes. En aquel momento, á eso de las 10, Napoleón no tenía á su disposición más que la división Monnier en Torre di Garofoli; pero Desaix le avisó que llegaría al campo de batalla, sobre las 4 de la tarde, con la división Boudet. Napoleón tenía, pues, que esforzarse en sostener la batalla hasta dicha hora.

Envió á Monnier adelante con la misión de ocupar á Castel-Ceriolo con dos medias brigadas, y así lo efectuó; pero Ott les opuso su segunda línea. En el frente, Lannes y Victor no podían ya resistir los ataques repetidos de los austriacos, que concluyeron por arrebatarles Marengo y obligarlos á replegarse en toda la línea á lo largo de la carretera. A consecuencia de esta retirada, los defensores de Castel-Ceriolo se vieron aislados; por lo que abandonaron su posición y se replegaron sobre Torre di Garofoli. Era entonces medio día.

Napoleón intentó un esfuerzo supremo lanzando contra Ott los 800 hombres de la Guardia consular, única tropa que le quedaba intacta. Pero estos últimos, ocupados de frente por la infantería enemiga, fueron atacados de flanco y de espaldas por la caballería austriaca y completamente dispersados. Era la una de la tarde; nada detenía ya la retirada de los franceses; en el ala izquierda, donde estaba Victor, degeneró más bien en una completa derrota. Un esfuerzo más, y el ejército austriaco quedaba irremisiblemente victorioso. Pero Mélas no supo sacar partido de la situación; tenía setenta años y los esfuerzos de la mañana habían agotado sus fuerzas. Al ver la derrota de los franceses, le pareció suficiente ordenar su persecución, y él regresó á Alejandria. Su jefe de estado mayor formó entonces con el grueso del ejército una gran columna, que avanzó por la carretera de San Giuliano, mientras que por su izquierda Ott marchaba sobre el castillo de la Ghilina por Villanova. La cabeza de la columna austriaca llegó, sobre las 5, frente á San Giuliano, mientras que los franceses, desbordando aquella localidad, continuaban huyendo hacia Torre di Garofoli.

*(Concluirá)*

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



## WÖRTH

## CRÍTICA DE NARRACIONES FRANCESAS Y ALEMANAS

POR EL CAPITÁN IMMANUEL, DEL EJÉRCITO ALEMÁN

Ningún acontecimiento de la guerra de 1870-71 se ha descrito por ambas partes con tanta minuciosidad ni ha sido objeto de críticas tan distintas, como la batalla de Wörth. Nosotros los alemanes, los vencedores gloriosos de esta jornada, tenemos motivos suficientes para relatar esta batalla con especial predilección. La lucha de Wörth es extremadamente instructiva desde el punto de vista táctico y revela un admirable engranaje de todos los elementos, merced al cual, y á pesar de los rozamientos inevitables en toda guerra, obtuvimos un éxito incomparable. Realmente esta batalla es una de las jornadas más hermosas de aquella gran guerra; pero si se atiende al número de combatientes que en ella tomaron parte y á sus efectos inmediatos, es superada por otros hechos de armas de la misma campaña, á lo menos por Gravelotte-St. Privat, Sedan y Orleans. Pero en la victoria de Wörth, mucho más que los resultados tácticos y estratégicos, sobresalen ciertos efectos morales de transcendencia suma. La unidad de las razas alemanas recibió la consagración del bautismo de sangre, y aquí fué forjado al fuego el primer florón de la corona imperial alemana. La creencia de que los franceses eran invencibles y de que nada podía oponerse á sus armas gloriosas, fué de un golpe destruida. Los mejores generales y las tropas más escogidas del ejército napoleónico, las destinadas poco antes á invadir el territorio alemán, fueron tan á fondo batidas, que durante semanas quedó inutilizada para toda operación esta parte del ejército. Alemania pudo sentirse orgullosa de la jornada de Wörth y de los combatientes que la ganaron.

Es muy particular el concepto que tienen los franceses sobre los sucesos de Wörth ó de Froeschwiller, como ellos llaman á la batalla. Combatieron aquí, contra doble número de alemanes, 45.000 franceses situados en una posición muy fuerte en su frente, pero tácticamente defectuosa en sus alas. El general en jefe francés se resolvió por la resistencia pasiva y no encontró otro medio que el de la defensa hasta el último extremo, para oponerse á los impetuosos ataques de los alemanes. Mac-Mahón personificaba la época brillante del ejército napoleónico; sus regimientos habían adornado las águilas imperiales con nuevos laureles conquistados en Crimea y en Italia; cumplieron también en Wörth con su deber y no vacilaron en oponer al ataque, por su propia iniciativa, una serie de reacciones ofensivas que los condujeron al sacrificio, sin lograr remediar las faltas de la dirección de la batalla, ni las deficiencias de la táctica francesa de aquel tiempo. Nosotros los alemanes reconoce-

mos de buena voluntad el valor de los franceses y nos honramos á nosotros mismos cuando otorgamos á los vencidos la gloria de una obstinadísima defensa. Así, pues, junto á los partes oficiales, lacónicos y confusos, han ido formando los historiadores franceses, sobre Froeschwiller, una especie de leyenda, en la que se tratan los episodios con benevolencia y admiración, y se llega á ensalzar el heroísmo de la derrota. Esto es natural, y por nuestra parte lo encontramos disculpable. Precisamente esta jornada halagó la vanidad francesa, porque la abnegación que demostraron las tropas ocultó muchas faltas. La temeraria carga de la brigada de coraceros Michel en Ebersbach-Morsbronn trajo á la memoria, no obstante su éxito desastroso, las masas de caballería del primer Napoleón en Wagram y Friedland, y aun las cargas de la división de coraceros Bonnemaies en Elsasshausen fueron rasgos admirables de heroísmo, merecedores de la más viva simpatía.

Por estas razones, los historiadores franceses se han ocupado mucho en la jornada de Wörth, y el número de relatos franceses es superior al de los alemanes. Citaremos entre las mejores obras francesas: Chalus Wissembourg, *Froeschwiller, retraite sur Chalons* (1882), y Rousset *Histoire générale de la guerre franco-allemande* (1896). Las obras de Dick de Lonlay *Français et Allemands* y Duquet *Froeschwiller, Châlons, Sedan*, tienen un carácter episódico que no corresponde á la severidad de un trabajo científico completamente imparcial. En 1899 apareció el conocido libro del general Bonnal *Froeschwiller*, publicándolo el entonces director de la Escuela superior de guerra francesa un estudio de historia militar aplicada, imitando los modelos alemanes de Verdy, Kunz, Boguslawski, Cardinal von Widdern y otros. Antes de examinar esta obra, que por la novedad de su método llamó mucho la atención en Francia, y que nosotros también, por motivos especiales, acogimos con interés, debemos indicar que los historiales de los cuerpos franceses (*historiques*) aunque merecen ser leídos, no constituyen en manera alguna la fuente más adecuada al estudio de la táctica ni á la investigación de la verdad histórica. «La diferencia esencial—escribe el mayor Kunz,—entre los *historiques* y nuestras historias de regimiento consiste en que si bien los franceses, como nosotros, procuran dar el mayor relieve á los hechos del cuerpo, no dejan tampoco de recalcar las faltas de otros regimientos con el fin de enaltecer más los méritos propios, lo cual, por fortuna, no sucede en nosotros. De todas maneras, esta particularidad de los franceses proporciona materia para serias investigaciones».

La más reciente (1902), y á la vez la más importante de las obras originales francesas es la denominada *Obra del estado mayor francés* (La guerra de 1870-71, publicada por la Sección de historia del estado mayor francés. Tomo VII. *Bataille de Froeschwiller*). Caracteriza esta gran obra la circunstancia de haber sido redactada teniendo á la vista la valiosa y

abundante colección de originales publicados en los últimos treinta años, y así puede suponerse que en tan largo periodo habían de quedar definidas las opiniones y allanada toda oposición. Los seis primeros tomos, en lo que concierne al punto de vista del lector alemán, justifican por completo esta esperanza. El estado mayor francés se ha impuesto, al parecer, el deber formal de no ocultar ni paliar ninguna de las faltas cometidas por Napoleón y por la misma Francia al emprender la guerra con un ejército defectuosamente organizado. Aparece en los primeros tomos la confesión oficial de que el pueblo francés y el ejército de 1870 no tuvieron conciencia de la responsabilidad que contraían por el acto arriesgado de una guerra contra un enemigo superior en número y en cualidades militares. Y claramente, lo mismo que entre páginas, puede leerse que la desgracia de 1870 sobrevino por deficiencias en la nación y en el ejército, y no en manera alguna por la escasez de aptitudes ó por la incapacidad militar de los oficiales y las tropas. Se ha confesado que el desconocimiento de la propia debilidad, el *diletantismo* en la dirección suprema, la torpeza de los generales de ejército y de cuerpo, y el desprecio de los preceptos fundamentales del arte de la guerra condujeron á las derrotas de Agosto y á las catástrofes de Sedan y Metz.

Este concepto causó buen efecto en los observadores serios y particularmente en los alemanes que procuramos escribir la historia sin desviarnos de los principios de una severa y razonada crítica, y al propio tiempo hizo concebir la esperanza de que en el transcurso de la obra se mantendría este sano punto de vista.

Pero ya el tomo *Froeschwiller* nos ha demostrado que la imparcialidad y el conocimiento de sí mismo no están bien vinculados en los historiadores franceses, por cuanto en la batalla deben medirse las cualidades personales y morales del adversario, y no sólo han de censurarse las deficiencias en la dirección sino también el espíritu y valor de la tropa. Aparece aquí resueltamente la susceptibilidad nacional y ya no se sigue confesando la inferioridad propia.

Considerando en resumen el contenido del tomo *Froeschwiller*, que es libro lujoso y con numerosas láminas y suplementos, encontramos una descripción de la batalla, no muy detallada; después unas consideraciones críticas sobre la dirección y métodos de combate de alemanes y franceses; y al final una colección completa de partes oficiales. Hemos de manifestar con sinceridad que el apéndice—*les documents annexes*—son para nosotros, los que aspiramos á la verdad histórica, la parte más importante del libro; pero entiéndase que no nos referimos á los extractos de historias de regimiento, cuyo valor hemos indicado antes, sino á los partes oficiales de algunas divisiones y á las *Memorias del mariscal Mac-Mahón* no publicadas todavía. En realidad, estos documentos no están á la altura de los que obtenemos de nuestro archivo de guerra,

donde se conservan todos los partes de combate que sirvieron de base á la obra de nuestro estado mayor, pues se concibe que el vencido no pueda describir los hechos con toda su crudeza, particularmente en Wörth en que tropas completamente batidas tuvieron que ponerse fuera del alcance del vencedor.

La narración francesa de la batalla se apoya en primer término en estos partes, no del todo fidedignos, y además en las publicaciones francesas y alemanas desde 1871 á 1901.

Respecto de estas publicaciones opinamos que las de Chalus y Bonnal son propiamente monografías de la batalla de Wörth, de las cuales han copiado muchos. Como la obra del estado mayor francés ha transcrito muchos pasajes de estas publicaciones, sobre todo de la de Bonnal, sin depurar antes la veracidad de sus juicios, existe el temor de que en la obra oficial se hayan deslizado conceptos demasiado parciales y hasta falsos que rebajen mucho la importancia del trabajo. El libro de Bonnal contiene, sin embargo, como demostraremos en seguida, una serie de descripciones de esta índole propias á halagar el amor propio de los franceses, puesto que á éstos atribuye mucho mayor valor que á sus adversarios, y una gran superioridad moral. Sobre este particular pudiéramos prescindir de la susceptibilidad y afán de gloria de nuestros vecinos. El francés que escribe las derrotas de 1870-71 está en cierta manera autorizado—y queremos ser benévolos—para presentar á sus compatriotas rasgos de valor abnegado, consolándoles con la perspectiva de un porvenir mejor. Pero la conciencia de sí propio es una virtud que debe conservarse, aun en la adversidad, y en este sentido el historiador francés queda en situación desairada cuando ensalza los méritos de sus tropas á costa de la difamación de su enemigo, al que imputa cobardía, tibieza en el combate y falta de condiciones físicas y morales. Esto ha escrito el general Bonnal, y la obra del estado mayor francés se hace cómplice de tales falsedades desde el momento en que las acepta como moneda corriente y desnaturaliza los actos del vencedor.

No está exenta de censuras la obra del estado mayor francés que ha copiado de otras obras francesas muy conocidas, porque además de la falta de originalidad del libro, carece de tecnicismo en los relatos y juicios, descubriéndose en el trabajo una tendencia de utilidad muy dudosa.

Pero esta obra del estado mayor francés, como se comprueba á una simple ojeada, no solamente se ha inspirado en fuentes históricas francesas, sino también en las alemanas.

En casi todas las páginas pueden verse referencias á la obra del estado mayor alemán. Esta obra, particularmente el relato de la batalla de Wörth, se publicó en 1874, esto es, en una época en que de los franceses no se conocía todavía ningún trabajo importante sobre aquellos sucesos, á excepción de algún parte oficial, muy deficiente y conciso.

Nuestra obra del estado mayor está basada, como hemos dicho, en los partes de las autoridades militares y de las tropas. Con frecuencia se afirma que la obra alemana está escrita por uno solo de los contendientes, y que hoy ya no puede considerarse como la única fuente histórica, después que ambas partes han publicado tantos trabajos originales. Siendo justos, hay que reconocer que una obra dada á luz pocos años después de los acontecimientos ha de perder en importancia con el transcurso del tiempo. Pero que la obra del estado mayor alemán ha conservado, á pesar de todo, el carácter de fuente histórica absolutamente fidedigna é imparcial, bien lo demuestra la obra análoga francesa que no ha tenido reparo alguno en elegirla para dilucidar todos los puntos esenciales de los sucesos. Y esta confianza está plenamente justificada. La narración de la obra alemana es en extremo clara, imparcial y de una forma acabada, limitándose á representar los hechos y absteniéndose de todo comentario y de toda deducción. La obra es un relato histórico, un parte en grande escala, y no pretende ser otra cosa. En su severa sencillez es-triba precisamente su admirable grandeza, y se ha hecho acreedora al aplauso que más allá de nuestras fronteras se le tributa. Esto no puede nunca alterarse con el tiempo.

(Continuará)

Traducido de la revista *Die Arme*

por el MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de E. M.

---

## VARIEDADES

### LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

#### EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

#### CAPÍTULO VII

*La presentación de los reclutas—En lo que se convirtieron las grandes esperanzas del sargento Thielke—Inter arma silent musae.*

Notábase entre los reclutas una gran animación mezclada de alegría y de ansiedad. Su instrucción había, por fin, terminado después de doce largas semanas. Un hermoso día, á fines de la primera semana del mes

de Enero, el jefe del batallón se dejó ver en el patio del cuartel con objeto de inspeccionar á los reclutas. El señor mayor demostró estar muy satisfecho de los jóvenes soldados de la 3.<sup>a</sup> compañía y tuvo la amabilidad, con gran satisfacción del sargento Thielke, de acordarse de la *escuadra estudiosa*.

—Creo—dijo benévolamente,—que los reclutas han recibido una instrucción sólida. Señor capitán Rommel: no puedo menos de felicitar á vuestros oficiales instructores.

Los jóvenes soldados hicieron todos los movimientos del manejo del arma, haciendo *cantar* á sus fusiles de una manera admirable. La marcha individual y los ejercicios por escuadra resultaron igualmente bien. Después se verificó el examen de instrucción teórica. El corazón del viejo sargento quería salirsele del pecho: se acercaba el momento psicológico de su vida.

—Sargento—dijo el mayor al jefe de escuadra—preguntad acerca de la incorporación al ejército activo.

—A vuestras órdenes, señor mayor.

El sargento respiró á plenos pulmones, se irguió cuanto le fué posible y preguntó al número uno:

—A qué edad servir se debe á la patria bendecida?

El conscripto contestó como le había enseñado el jefe de la escuadra:

—A la edad de veinte años todos le deben su vida.

El mayor hizo un ademán de aprobación.

—Bien, joven—exclamó con alegre acento;—pero yo desearía que las respuestas fuesen algo más breves. El soldado se debe expresar concisamente y no usar circunloquios.

El sargento se estremeció ligeramente y leve sombra anubló su semblante; pero se rehizo pronto y diciéndose á sí mismo su expresión favorita «un poco de ánimo y todo marchará como una seda» continuó:

—Se pueden tomar las armas antes de los veinte años?

De la boca del número dos salió en el acto la siguiente respuesta:

—Cumplidos los diez y siete se puede ser voluntario con derecho á elegir cuerpo como sea de su agrado.

El mayor aguzó el oído, pareció admirarse, meneó la cabeza, pero no dijo más que esta palabra:

--Continuad!

—Ah!—pensó el sargento—ya ha comprendido mi propósito: la idea empieza á interesarle.

El capitán había puesto el gesto avinagrado, y el teniente Wittich, encargado de la instrucción de los reclutas no podía ocultar su consternación; pero el sargento, sin preocuparse de ello, prosiguió con desenfado el examen teórico en verso.

—Y cuánto tiempo á su patria  
debe servir el soldado?

La contestación fué también asonantada:

—Por la ley servirla debe  
un total de doce años.

Thielke se apresuró á hacer esta otra pregunta:

—Y permanece los doce  
bajo la enseña sagrada?

Pablo Horn, á quien le tocaba contestar, vaciló un instante, y contestó acosado por malos presentimientos:

—Siete años, porque el resto  
en la landwehr se los pasa.

Al escuchar aquella contestación el mayor hizo un vivo movimiento de impaciencia é interrumpió bruscamente al sargento.

—Decidme, sargento—exclamó—se me figura que vuestras preguntas y las respuestas de los soldados, están medidas y asonantadas.

El sargento Thielke rectificó la posición militar que tenía, produciendo ese ruido seco con el cual todo soldado bien instruido manifiesta su respeto en presencia de un superior. Confiado en un éxito feliz, sus ojos brillaban con arrogancia.

—A vuestras órdenes, señor mayor.—El semblante sonrosado y mofofetudo del jefe del batallón, se contrajo de una manera inquietante.

—Y bien—dijo con una voz que rugía como los tableteos del trueno de una tempestad que se acerca.—Quién es el autor de cosa tan absurda?

—Yo; señor mayor—contestó vacilando el sargento, que había perdido ya una buena parte de sus risueñas y brillantes esperanzas.

—Es decir—exclamó el mayor con voz áspera y mirando al desgraciado sargento con ojos centelleantes—que según eso, sois vos! Ya lo comprendo: mi frase de «escuadra estudiosa» se os ha subido á la cabeza y os habeis creído obligado á pensar vuestra imaginación en pro de vuestros reclutas estudiosos. Señor sargento!—gritó el oficial superior pasando de la ironía á la cólera.—Presumo que habeis querido favorecer el servicio del rey con vuestros endiablados y ásperos versos. Si os sentís

con bastante vocación para torturar la lengua alemana, hacedlo cuando os dejen franco las ocupaciones del servicio; pero el servicio del rey es demasiado sagrado y demasiado sério para que en él se os toleren vuestros estúpidos ensayos de poetaastro. Habeis comprendido?

—A vuestras órdenes, señor mayor, repuso el sargento cuyo rostro estaba más blanco que el papel.

El jefe del batallón se dirigió enseguida á los oficiales de la compañía y les dijo severamente:

—Señores: me admira que no hayais curado hace ya tiempo á ese sargento de la enfermedad del consonante, que es absolutamente antimilitar.

El capitán dijo, llevando la mano á la altura de su casco:

—Tan sorprendido he quedado yo como el señor mayor: al concurrir algunas veces á las lecciones teóricas, no he notado en ninguna de ellas nada parecido. Los soldados respondían en la forma acostumbrada.

—Lo mismo ha pasado en presencia mía—dijo, saludando, el teniente Wittich.

Lo que estos dos oficiales dijeron, era rigurosamente exacto. El sargento Thielke habia prohibido á sus reclutas de un modo terminante, que dieran aquellas respuestas asonantadas cuando se hallara presente algún oficial de la compañía. El reglamento en verso para el servicio, era una sorpresa que reservaba á sus superiores para el día de la presentación de los reclutas.

—Comprendo—repuso el mayor á los oficiales que le presentaron sus disculpas, y luego añadió con ironía:—Me basta con la experiencia que acabo de hacer, y antes de continuar el examen teórico, necesito digerir los versos del sargento Thielke. Entretanto, señor capitán Rommel, procurad hacer que vuestros reclutas olviden, tan pronto como sea posible, esas cosas absurdas y que aprendan á contestar con laconismo, precisión y sin circunloquios.

Dicho esto, el jefe del batallón saludó militarmente y se fué. Apenas se alejó el mayor, el capitán enfurecido, se lanzó contra el desgraciado sargento.

—Señor sargento—gritó cerrando los puños—me habeis puesto en berlina ¡debo suponer que no estais en vuestro cabal juicio! Haced que os vea el médico mayor, voto á cien legiones de diablos! Señor teniente Wittich: en lo sucesivo vos me respondeis exclusivamente de la instrucción reglamentaria de los reclutas. Mandad romper filas.

También se creyó obligado el teniente á descargar su furia sobre las espaldas del desventurado poeta tan pronto como el capitán de la compañía se hubo marchado.

—Sargento Thielke—gritó el teniente Wittich—creo que habeis tomado un cuartel real por una casa de orates: haced que os pongan en segui-

da compresas de hielo. La verdad es que á toda vuestra escuadra le pasa lo mismo—y el oficial hizo un ademán de soberano y desdeñoso desprecio.—Bien puede decirse que tanto valen los unos como los otros. Dos negociantes malignos é inteligentes; un bailarín de cuerda floja que anda mejor sobre las manos que sobre los pies; un voluntario que lee á Schiller, y para remate de fiesta, un jefe de escuadra que se dedica á fabricar versos mientras enseña la parte teórica. Aun no se há visto caso parecido en todo el ejército alemán. Señor sargento: debierais emprender con vuestra escuadra un viaje por Europa y exhibiros por dinero. Como yo me hubiese encontrado en el caso del mayor, os hubiera metido por ocho días en el calabozo en donde es posible que se os hubiera calmado la vena poética sujeto al régimen de pan y agua. En lo sucesivo, dirigiré por mí mismo la lección teórica, y trabajo me ha de costar extraer del duro cráneo de los reclutas, las necedades que les habeis metido en ellos. Compañía: rompan filas!

El sargento Thielke permaneció clavado en su sitio mucho tiempo después de haber desaparecido el último recluta. El viejo sub-oficial, con el alma henchida de dolor, prorrumpió en una amarga carcajada. Tal había sido el fin de sus sueños brillantes y atrevidos; tal la recompensa de largos años de trabajos arduos en lucha con las rimas.

Una voz dulce lo sacó de sus sombríos pensamientos.

—Señor sargento: no debierais tomar esas cosas tan á pecho.

Thielke levantó admirado la vista. El que se le había acercado era el recluta Horn. El sargento tendió la mano al voluntario.

—Gracias, Horn—le dijo, conmovido por el interés que el joven le demostraba, y añadió con sonrisa dolorosa.

—He adquirido una experiencia más: no hay gusto alguno por la poesía en el ejército.

—Señor sargento—le dijo el recluta á modo de consuelo—esa experiencia es ya vieja. Los antiguos romanos decian ya: *inter arma silent musae*.

Tielke le miró con ademán interrogador.

—Qué quiere decir eso, Horn?

—Eso quiere decir—repuso Horn dando á su jefe una traducción libre—que «en el dominio de las armas la poesía guarda silencio».

El sargento asintió moviendo tristemente la cabeza.

—Es verdad, mucha verdad—replicó profundamente convencido.

## CAPÍTULO VIII

*Horn va á la casa del teniente von Bünau para asuntos particulares y ejerce un buen acto de compañerismo con el mosquetero Kutschbach.*

Tan pronto como se celebró el examen de instrucción, quedaron incorporados los reclutas al resto de la compañía y destinados á las res-

pectivas escuadras por orden de estatura. Horn, Kutschbach, Scharff y algunos otros formaron parte de una misma escuadra, con la mala suerte de que entre ellos figurase el noble polaco de enrevesado nombre. El sargento Thielke fué nombrado jefe de la nueva escuadra, que fué destinada á la primera sección mandada por el teniente von Bünau. Este cambio tuvo para Horn á las pocas semanas un resultado que, dado lo precario de su situación económica, le fué extraordinariamente satisfactorio. Un día dijo el teniente Bünau á los jefes de las escuadras, después de pasar lista, que le diesen una nota de los soldados que, teniendo buena letra y contando con pocos recursos, quisieran dedicar el tiempo que tuvieran libre, á sacar para él unas copias, y, entre los que aspiraron á ello el teniente eligió á Pablo Horn. Este se consagró con el mayor esmero á aquella ocupación particular: se trataba de poner en limpio un estudio referente á la historia militar, hecho por el teniente. Aquel trabajo que le proporcionaba al pobre voluntario una pequeña cantidad conque poder hacer algunas compras, y conque poder distraerse alguna que otra vez, lo puso, además, en contacto frecuente con un superior querido y venerado de todos los soldados de la compañía, los cuales se hubieran dejado matar por él, y aquel cariño no procedía de otra cosa que de la manera que el teniente contestaba al saludo que aquellos le hacían. No se concretaba, como los demás á contestar rígidamente llevando su mano derecha á la visera de la gorra ó del casco con serio mutismo, sino que á cada uno le sonreía amistosamente y hasta hablaba á aquellos á quienes conocía personalmente, llamándolos por sus nombres, por ejemplo:

—Buenos días, Horn!

Siempre que Pablo iba á casa del teniente para entregarle el trabajo hecho y buscar más, el teniente dirigía al soldado algunas palabras benévolas. Este se consideraba feliz y se enorgullecía al observar que el teniente lo trataba con mayor benevolencia y simpatía á medida que lo iba conociendo más y que tenía nuevas ocasiones de apreciar su inteligencia.

Un día entabló con él el teniente la conversación en estos términos:

—Decíme, Horn: en qué consiste que habiendo recibido, al parecer, tan buena educación y siendo tan instruido, no hayais obtenido la concesión de voluntario por un año?

—Soy huérfano, señor teniente, y mis padres no me dejaron nada.

—Sí, ya lo se. Vuestro padre era empleado subalterno; pero al hacerse entrar en el gimnasio, es de suponer que tenía miras más altas respecto á vos y que él era, quizá, de origen más elevado.

—Más bien fuese mi madre la que se encontrara en ese caso, señor teniente—se apresuró á contestar el joven, porque el benévolo interés que su jefe le demostraba, lo engrandecía á sus propios ojos, y porque era

para él un gran consuelo poder hablar de sus asuntos particulares con un hombre instruido y de clase superior á la suya.

—Vuestra madre?—preguntó el teniente con verdadero interés.

—Sí, señor teniente: mi madre era hija de un pastor protestante, y antes de casarse fué institutriz.

—Entonces vuestra señora madre era superior en cierto modo á vuestro padre, por la instrucción y la educación?

—Sí, señor teniente, así era en efecto—repuso el soldado, cuya sangre coloreó su frente y sus mejillas. Sin embargo, mi padre hacía por mí todo cuanto podía, y yo le estaba tanto más agradecido de ello, porque en realidad, no era mi padre.

—Ah! ya! entonces, vuestra madre estaba casada en segundas nupcias?

El soldado bajó involuntariamente la vista ante su jefe, se puso muy encarnado, y sintió haber dicho acerca de sus íntimos asuntos de familia, más de lo que tenía la costumbre de decir á cualquier amigo. El teniente miró al soldado que guardaba silencio y parecía hallarse en situación embarazosa. Empezaba á sospechar toda la verdad, pero con gran discreción, varió de pronto el tema, y siguió hablando á Horn en estos términos.

—En todo caso, es muy sensible para vos haber perdido tan pronto á vuestros padres; pero, después de todo, esa no es una razón para que veais completamente negro el porvenir. Si os conducís bien, saldreis adelante. En el ejército se necesitan sub-oficiales inteligentes. No os perderé de vista, Horn. Quizá consiga proporcionaros más adelante una plaza en nuestras oficinas, bien sea en la del batallón, bien en la del regimiento, y de suceder así, no os será difícil obtener, cuando lleveis doce años de servicio, un destino muy bueno en la carrera civil.

El teniente dió al soldado un amistoso golpecito en el hombro, y le dijo en tono de broma:—Ya conocéis la expresión favorita de nuestro bravo sargento Thielke: un poco de ánimo y todo marchará como una seda.

Por desgracia, poco después ocurrió un incidente, con harto sentimiento de Horn, que perjudicó mucho á la benevolencia que á éste dispensaba el filántropo oficial. El caso fué el siguiente:

Franz Kutschbach había sido castigado por el capitán Rommel con tres días de arresto en el cuartel por «flojedad en el servicio». El pacífico supernumerario de correos hubiera sufrido con resignación aquel castigo si el aniversario de su nacimiento no hubiera coincidido con el segundo día de su arresto y si su prometida no le hubiera reservado con tal motivo una sorpresa que, en vez de transportar de júbilo al enamorado joven, provocó en él un verdadero arrebató de exasperación. Los soldados se hallaban en sus dormitorios en las horas de descanso de medio

día, cuando llegó al cuartel un criado de uno de los principales hoteles de la ciudad, con una carta para Franz Kutschbach.

(Continuará)

---

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

---

EL TENIENTE GENERAL DON PEDRO DE LUCUCE: *Sus obras é influencia que ejerció en la instrucción militar de España*, por el general de división don Julián Suárez Inclán, de la real Academia de la Historia.—Opúsculo en 4.º mayor, con tres apéndices y un fotograbado del biografía-do (154 páginas).—Madrid, 1903.

Doblemente meritorio y digno, por lo tanto, de loa para su autor es el interesante estudio biográfico realizado por el docto general académico que nos ocupa; ya que, rindiendo á una de las más conspicuas figuras militares antepasadas el merecidísimo tributo de justicia que la posteridad le debía, ha venido á disipar la densa bruma del olvido (menguada aureola de que solemos rodear nuestras glorias patrias, aun las más encumbradas), en derredor de la misma acumulada por nuestro proverbial indiferentismo, ya que no aversión, hacia todo cuanto, á cambio de algún esfuerzo individual, á la colectividad engrandece y abrillanta, permitiendo así que aquélla se destaque ante nosotros, sobre el fondo obscuro de su generación, con todo el vigoroso relieve que le cupo, por su propio mérito esculpido, para conocerle, admirarle y tratar de enaltecer su memoria prosiguiendo con perseverancia, hasta coronarla, su bien cimentada y perdurable obra. Esta figura, que honra ciertamente la galería de nuestros militares ilustres, es la de D. Pedro de Lucuce, soldado tan modesto como sabio, ingeniero tan entusiasta por su cuerpo como por la enseñanza militar, de la que fué el más firme campeón en España, y tan amargado, en fin, por inesperados desengaños como merecedor de no escatimados lauros, á otros con mano pródiga y harta ligereza otorgados.

Quien desee conocer una semiodisea á la vez que estudiar á fondo los albores de nuestra instrucción militar, en el siglo XVIII, acuda á ojos cerrados á la obra del Sr. Suárez Inclán, selecto y bien provisto arsenal para el caso, en la que lo ameno y castizo de la exposición biográfica avivará aún el interés del estudio. Lástima que en esta labor arqueológica, si vale la palabra, y de justa vindicación, nuestro erudito bibliógrafo no tenga dignos imitadores, cuando no faltan seguramente glorias yacentes en el olvido, de sobra purgadas por el tiempo para ocupar en la historia el preeminente lugar que ésta les reserva!—M.

---

## Advertencia

Se acompaña un nuevo croquis de las *Grandes maniobras del Sur de Francia en 1902*, para que substituya al distribuido con el número 12 (15 Junio) por haberse notado en éste alguna incorrección en los colores.